

En lugar de Melecio fué puesto Euzoyo, famoso arriano, que suscitó de nuevo la division en la iglesia de Antioquia. Ningun ortodoxo quiso comunicar con él, y aun aquellos que por espacio de treinta años habian sufrido tres patriarcas hereges, se separaron de este con la mayor indignacion para celebrar sus juntas en una iglesia separada. Querian unirse á los eustacianos; es decir, á aquellos católicos que despues de la espulsion de San Eustacio reusaban siempre comunicar con ninguna clase de arrianos; mas estos eustacianos los desecharon como indignos de la pureza de su comunión, por las relaciones que ellos y sus pastores habian tenido con los hereges. Asi la iglesia principal del Oriente se halló dividida en tres partidos: el de los arrianos, que seguian á Euzoyo; el de los eustacianos, y el que se principiaba á llamar de los melecianos, los cuales componian el mayor número, y eran ortodoxos como los eustacianos, aunque menos irreprehensibles antes de esta época.

Sucedía todo esto por los años 361 á vista de Constanzo, que sintió por ello cruel despecho; pero se veía reducido á disimular por las circunstancias en que se encontraban los negocios del Estado, que él arruinaba, mientras que los de la Religion le absorbían su tiempo y todas sus facultades con tan poca dignidad como mal resultado. Durante este tiempo el César Juliano

se iba ganando la estimacion y el amor de las tropas por las ventajas que conseguía en las fronteras de la Galia, y aumentaba cada vez mas las sospechas del débil emperador; mas estos temores aceleraron por sí mismos lo que tanto temía Constanzo; pues las legiones que á pretexto de la guerra de Persia quería él quitar al César, se amotinaron y proclamaron Augusto á Juliano, á pesar de su resistencia afectada ó sincera. Furioso Constanancio púsose en marcha luego que pudo dejar las fronteras de Persia; pero apenas llegó á Cilicia cayó enfermo, y reducido en pocos dias á la estremidad, pidió el bautismo á Euzoyo que le acompañaba, y le recibió efectivamente de este patriarca arriano, postrer motivo para temblar acerca de la suerte de este príncipe que dió no obstante muestras de arrepentimiento. Asi murió el emperador Constanzo ó Constanancio á 3 de noviembre del año 361, y cuarenta y cinco de su edad: débil, inconstante, curioso y supersticioso, y sobre todo, llevado de la manía de dogmatizar, hizo mas daño á la verdadera Religion que los perseguidores infieles. Al principio, y en tanto que tuvo algun motivo para temer, fué seductor; pero violento y cruel despues que se vió dueño absoluto del imperio. Su muerte hubiera sido un motivo de alegría para todo el mundo cristiano, si á un perseguidor herege no hubiera sucedido un apóstata idólatra.

LIBRO NOVENO.

Desde la muerte de Constanzo en el año 361, hasta la caída del arrianismo en el año 378.

RESPIRARON los católicos despues de muerto el emperador Constanzo, á quien creían no tener motivos para echar de menos. Esperaban una suerte mas tranquila bajo un sucesor, que si bien mostraba ya demasiado separarse no poco de la Religion de sus padres, gozaba á lo menos la reputacion de un príncipe justo y filósofo. Mas no eran estas todavía las miras de Dios sobre este edificio vivo, que con los sacudimientos se afirma mas, y que aun debía sufrirlos de toda especie. Había resistido la Iglesia á toda la violencia inspirada por la supersticion de los pueblos, aumentada por las desconfianzas y ambicion de los tiranos, y emponzoñada por la envidia é interés de los sacerdotes idólatras. Despues de una multitud de heregías que querían medir nuestros misterios por las reglas de una vana lógica, y los destruían quitándoles su santa oscuridad: despues de tantas sectas medio cristianas y medio paganas, la sencillez del Evangelio acababa de confundir en el arrianismo la mas atrevida y artificiosa de todas las sectas.

Faltábale sostener contra Juliano todas las tentaciones juntas á la par: las divisiones intestinas fomentadas con astucia, la esclusion de los empleos y honores, y hasta la de las ciencias ó estudios; las propias armas de la Iglesia que este peligroso

tirano volvió contra ella, imitando su augusta disciplina, y dando un aire de dignidad, sabiduría y razon á las mas odiosas prácticas de la idolatría y de la magia. Cuando se servía de la violencia, cuidaba mucho mas de privar de la gloria á sus víctimas que de la vida, y los suplicios eran siempre ordenados bajo otro pretexto que el de Religion.

Publicó este nuevo emperador al principio de su reinado, y marchando contra Constanzo á la cabeza de un formidable ejército, que su ánimo no era mas que hacerse respetar para asegurar la paz: que primero se sacrificaría él mismo que hacer pelear una parte del imperio contra otra; y que estaba resuelto á proponer á ambos ejércitos que evitasen la efusion de la sangre romana, eligiendo de los dos gefes al que quisieran obedecer. Despues de tal protesta era preciso á un filósofo aparecer consecuente. Lloró á su rival, vistióse de luto y se dirigió hácia Constantinopla. Mostráronle el Senado y el pueblo tanto afecto como las tropas, mirándole como el único heredero de Constantino el grande, y como un príncipe amante sincero de las letras y de la felicidad pública. Se mantuvo neutral en todas las religiones; y aunque hubiese hecho ya acciones evidentes de apostasia, hizo dar á Constanzo los honores acostumbrados de la

sepultura cristiana, y asistió á todas las oraciones de la Iglesia.

Sin embargo, no tardó mucho en reformar el gobierno y castigar á los ministros culpables. El eunuco Eusebio, gran camarero y favorito en el reinado anterior, pereció en un cadalso con aplauso de todo el pueblo. Su muerte no pareció menos justa á los arrianos que á los católicos oprimidos: tan indignamente habia abusado de su crédito. Tauro, cuyas violencias contra los Padres de Rimini habian sido recompensadas con el consulado, fué desterrado (1). En el palacio imperial de Oriente no habia mas que mayordomos, eunucos, perfumadores y bañeros; pero el nuevo emperador los redujo todos á la clase de oficios serviles; y la delicadeza y molicie de los asiáticos, tan agena de la severidad de los romanos, fué mirada con desprecio; pero la reforma inspirada por la pasion dió en el esceso contrario y despojó al trono de cuanto realzaba su magestad. A los senadores, muchas veces tratados como esclavos, les restituyó, si no el poder republicano, á lo menos algo de su autoridad con todas las insignias de su preeminencia antigua. El pueblo tuvo motivo para alegrarse, porque ademas de perdonar todos los atrasos que se debian al tesoro imperial, suprimió Juliano la quinta parte de todos los impuestos.

Quería ganarse por todos medios la estimacion general: sentimiento muy digno si hubiera sido inspirado por mejores fines: mas habiéndole vaticinado en otro tiempo sus filósofos, ó mas bien sus sofistas ó impostores, la altura de grandeza á que ahora habia ascendido, creia deberlo á los dioses que aquellos adoraban, y principió estableciendo la libertad de cultos. Y como si no hubiese medio entre igualar á todas las religiones y perseguir á los que no profesan la mejor,

(1) Ammian. Marcel. lib. 7, cap. 3.

«es preciso, decia, instruir á los hombres y no tiranizar los ánimos. Son mas dignos de compasion que de odio los que se engañan en un punto tan importante como las observancias religiosas. Es la mayor crueldad usar de rigor con los desgraciados que se extravían mas por falta de luces que por eleccion.»

Desde que gozó de alguna libertad, el espíritu falso y ridículo de este príncipe habia parecido inclinarse siempre á las supersticiones del paganismo; mas su odio á la memoria y á los descendientes de Constantino por los malos tratamientos que habia sufrido su familia de parte de Constanzo, fortificó esta propension, en la que tuvo tambien parte la política; pues declarándose á favor de la idolatría al tiempo de marchar contra Constanzo, creyó atraerse un poderoso apoyo con los paganos que aun existian dentro del imperio. No habia olvidado una gran parte del senado ni á Marte, ni á Júpiter, ni á ninguna de las antiguas fábulas, que creia ser la base del poder romano. En la Grecia, infatuada por tan largo tiempo con su mitología y heroísmo fabuloso, habia todavia muchos entusiastas que se persuadian habian de volver á ser el primero de los pueblos si Minerva fuese adorada de nuevo en Atenas, ó si tornaban á oírse en Delfos los oráculos de Apolo.

Publicó el emperador edictos para abrir los templos, restablecer los sacrificios y todas las observancias de la idolatría. Trató tambien de extinguir y borrar su bautismo con ceremonias tan extravagantes como sacrilegas. Tambien quiso adquirir algun carácter para sacrificar, y se hizo iniciar sacerdote de Apolo segun los ritos de la gentilidad. Este era el dios á quien daba la preferencia. Convirtiéronse sus jardines en templo, atendida la multitud de altares que se encontraban en ellos; pero cerca de su habitacion tenia una soberbia capilla con-

sagrada al sol, es decir, al hijo de Lato-na, su dios predilecto. Todos los dias al salir el sol le ofrecia víctimas, y al ponerse le pedía neciamente que no dejase de aparecer sobre el horizonte al dia siguiente. Dirigió á todas las ciudades órdenes terminantes para que restaurasen los ídolos que destruyera Constantino, y mandó erigirles altares en el mismo palacio de Constantinopla. Efectivamente, se puso en la ciudad imperial una estatua dedicada á la Fortuna de la ciudad; y por la primera vez la nueva Roma, edificada para castigar á la antigua por su amor á la supersticion, se vió profanada ella misma con la idolatría. Llegó á tales profusiones y puerilidades el celo del sacerdote-emperador que no podian menos de reirse aun los mismos paganos. El gasto de los sacrificios fué gravoso al Estado, y algun tiempo antes de su expedicion de Persia se decia que si volvía vencedor no quedarian bueyes en el Asia.

Hallábase espuesta al mayor peligro la Religión cristiana; mas para destruirla tomó Juliano un camino diametralmente opuesto al de los otros perseguidores (1). Creyó que el mas eficaz y mas disimulado seria dejarla abandonada á las diversas sectas que la dividian. Con este motivo, y para desacreditar las violencias del reinado anterior, levantó el destierro á todos los obispos desterrados y les dió libertad de enseñar segun los principios que profesáran. (2). Por esta insidiosa medida de Juliano, que la Providencia encaminó al bien de la Iglesia, Lucifero de Cagliari, Eusebio de Vercelis, Cirilo de Jerusalem, el gran Atanasio, y todos los ortodoxos mas célebres se vieron de nuevo en estado de oponerse con ventaja á los arrianos divididos entre sí; mas al santo patriarca de Alejandría no le fué posible ocu-

par su silla hasta despues de la muerte de su usurpador Jorge.

Tambien fueron restablecidos los gefes principales del partido de los semiarrianos ó macedonianos, que principiaban á confundirse en uno. Porque los acacianos, que al principio fueron los mas maltratados, como que habian tenido mas favor en el anterior reinado, habian llegado á ser los mas débiles; pero los apoyó Juliano bastante para tenerlos en estado de eternizar las disensiones y la division. Osaron intrigar de nuevo los donatistas que se hallaban reducidos casi á la nada. Hasta los judíos tenian esperanzas en un príncipe que queria debilitar unos por otros á los adoradores del Dios verdadero, para oprimirlos á todos cuando todos se hubiesen debilitado mutuamente.

Juliano, que habia nacido en el seno de la verdadera Religión, conocia suficientemente su carácter para saber que las crueldades solo sirven para hacerla mas firme, y asi se valia principalmente contra los fieles de los lazos de la seduccion, y les impedia por otra parte alcanzar la gloria del martirio (1). Pronto encontraba en ellos otro delito que el de Religión, cuando el ódio ó la cólera le enfurecian; y fingia siempre la moderacion y dulzura que le daban cierto aire filosófico ó imperioso sobre sí mismo, de que hacia ostentacion. Un dia que estaba sacrificando en su templo de la Fortuna, presentósele el arriano Maris, ciego, y obispo de Calcedonia, guiado por un celo cuya calificacion dejamos al lector, á reprenderle sin miramiento alguno la deshonra que su apostasia causaba á la sangre de Constantino. Juliano le respondió en tono burlesco: «tu Dios el galileo á quien adoras, ¿es mas digno de nuestros homenajes cuando no puede concederte la vista?»—El obispo contestó: «dóile gracias de una ceguera que me

(1) Greg. Nacian. Orat. in Jul. mim. 7.

(2) Liban. Orat. 19.

(1) Sozom. hist. lib. 5, cap. 5.

libra del dolor de ver al apóstata que le blasfema. » El apóstata hizo como que no le oía.

Aficionado á aquellas befas ó escarnios crueles que tan indignos son del trono, después de algunas otras medidas ineficaces, publicó un edicto formal en el que prohibía á los cristianos el enseñar y estudiar las bellas letras (1). « Homero y Demóstenes, decía, adoraron á los dioses: ¿por qué los han de proponer á la juventud como hombres admirables, si se engañaron en el punto mas importante como lo afirman los sectarios del galileo? Redúzcanse, pues, estos á comentar las elegantes producciones de Lucas ó de Mateo. » Fué preciso obedecer á las disposiciones de esta estraña tiranía cuya materia y objeto era la ciencia y las artes: mas los doctores cristianos profundizaron mas con este motivo y con el mas feliz éxito en la mina fecunda de las divinas Escrituras.

Los dos Apolinarie, padre é hijo, dieron con esta ocasion una forma muy atractiva á sus producciones en prosa y verso sobre los asuntos de Religion. Para reemplazar á los autores profanos y recrear la juventud instruyéndola, escribió Apolinar, padre, en verso heróico la historia de los israelitas, y dividió su obra en veinticuatro libros, imitando á Homero. Tambien escribió sobre diferentes pasages de los libros santos tragedias, comedias y odas, al modo de Píndaro, de Menandro y de Sofocles. Apolinar el jóven puso el Evangelio y los escritos de los Apóstoles en diálogos, siguiendo el método de Platon. Tenia una facilidad admirable, y aunque la mayor parte del tiempo se habia dedicado á los autores profanos, compuso contra Porfirio y los demas filósofos paganos unos tratados superiores á todo lo que se habia compuesto antes de él, incluso las obras de Eusebio de Cesarea.

San Basilio, profundo en estas materias,

(1) Sozom. *hist. lib. 5, c. 18*; Greg. Nazian. *Orat. 3.*

los tenia por muy buenos y los leía gustosamente. Según cuenta Sozomeno, dijéronle un dia, que el emperador Juliano habia dado su parecer acerca de un rasgo particular en estos términos lacónicos: « lo he leído, lo he entendido, lo he condenado (1). » El Santo Doctor, según se añade, contestó: « el emperador puede haberlo leído, pero no lo ha entendido, pues de otro modo no lo hubiera condenado. » Algunos autores atribuyen este dicho á otros. De todas las obras de los Apolinarie, solo nos queda íntegra la version de los Salmos en verso por Apolinar el hijo, el cual después abusó tan indignamente de sus talentos.

Al mismo tiempo que los Apolinarie publicó San Efrén, diácono de la iglesia de Edesa, un número prodigioso de escelentes obras, en las cuales no sabemos si admirar mas la fecundidad de su pluma ó el grado de perfeccion que dá á tantas producciones de todo género. Escribia en verso con tanta perfeccion como en prosa; y sus himnos, que se cantaban en las iglesias de Siria y Mesopotamia, eran las delicias de los cristianos. Su estilo está tan nutrido de pensamientos, y saca tan perfectamente sus adornos del fondo mismo de las cosas, que todavía se descubre su hermosura y sobre todo su sublimidad en las versiones que nos quedan, aunque no hayan podido menos de experimentar alteraciones considerables pasando del original siriaco á la lengua griega que es de tan diverso carácter, y después del griego á los idiomas en que las leemos. Hiciéronse tan célebres, según dice San Jerónimo, todos sus escritos como tambien sus himnos, que en diversas iglesias se leian en público después de los libros santos. Dicen algunos hombres muy doctos que aun hoy se experimenta en ellos la impre-

(1) Sozom. *lib. 5 hist. cap. 18.*

sion de la tierna piedad y de la dulce compuncion que respiran.

No eran fruto, sin embargo, de una feliz cultura ni de un profundo estudio. Efrén habia nacido en la campiña de Nisibe, de padres pobres, y reducidos á vivir de los mas penosos trabajos. Después de algunas ligerezas de la juventud se entregó seriamente á Dios, y abrazó la vida ascética bajo la direccion de su obispo el ilustre Santiago, que libertó de los persas la ciudad de Nisibe del modo estraordinario que ya hemos referido y en el mismo tiempo en que Efrén estaba en su compañía. Por las obras del discípulo conocemos lo mucho que con tan buen maestro habia aprovechado en la vida interior. Ellas contienen las mas perfectas instrucciones, ya para los reclusos concentrados en sus celdillas, ya para los heremitas dispersos en las soledades, ya por fin para los cenobitas ó monges que vivian en comunidad. Hállanse tambien en ellas descripciones agradablemente variadas de los diferentes trabajos que los ocupaban, como hacer esteras, cestas, cuerdas, telas, papel y copiar libros. Sabemos por él algunas particularidades de los solitarios de Mesopotamia y de la alta Siria hácia la Persia, admirables aun después de lo que se ha visto en los de Egipto. Tenian por su primer fundador á Aonés (1), llamado el Antonio de aquellos paises, lo cual basta para darnos á conocer su santidad. Eran llamados rústicos ó campestres, porque andaban de continuo por los montes con los animales que buscaban allí su alimento; mucho mas dignos de ser comparados á los espíritus ya separados de sus cuerpos, cuyas necesidades y deseos casi no conocian, pues no tenian casas ni usaban de alimento preparado de antemano. Resonaban de continuo aquellos lugares silvestres con el canto de los him-

(1) Sozom. *hist. lib. 6, cap. 33 y 34.*

nos de la Iglesia. Cuando necesitaban tomar algun alimento, comian las yerbas que nacia por donde caminaban. Las rocas ó los huecos de los árboles eran sus habitaciones, y su sepultura el lugar en donde estaban en el momento de morir, para el cual toda su vida era una continua preparacion.

Entretanto Juliano proseguia ejerciendo en las mejores provincias del imperio su género artificioso de persecucion. Publicó una ley el año 362, en la cual mandó con mucho rigor que se diese á los fieles el nombre de galileos. Revocó todos los privilegios que los emperadores cristianos tenian concedidos á los clérigos y á las vírgenes, abolió las pensiones eclesiásticas y aun exigió que restituyesen lo pasado, haciendo la cobranza de ello con un rigor estremado. Al propio tiempo se sacaron de las iglesias los vasos de oro y plata y cuanto poseian mas precioso, con el pretesto satírico de facilitar á los cristianos la observancia de la pobreza evangélica. A pretesto de que tambien debian huir de los honores y sufrir pacientemente las injurias, los excluyó igualmente de toda dignidad y les privó de toda accion en justicia aun para defenderse.

Pero á través de la negra malignidad de Juliano y de las fingidas muestras de desprecio que daba al cristianismo, no dejaba de notarse que aún no habia podido ahogar el aprecio que á pesar suyo le inspiraban la pureza de costumbres y el esplendoroso brillo de las virtudes cristianas, y hasta se sirvió de estos ejemplos para la reforma del paganismo, reforma que él habia emprendido y que hacia pocos progresos á pesar del fervor de su celo, como se queja él mismo escribiendo á uno de sus pontifices. « El helenismo (que así se complacia en llamarle); el helenismo no va como debiera, dice (1), y esto por culpa nues-

(1) Jul. *Epist. 49.*